**JESÚS ES LA PUERTA Y EL BUEN PASTOR** (Jn. 10 :11-18)

LEER Isaías 56:9-12, Ezequiel 34, Jeremías 23:1-4

(10,1-21) En este capítulo Jesús se dirige al pueblo y a sus líderes, refiriéndose a los acontecimientos del capítulo anterior, del cual se había registrado una situación escabrosa: la expulsión de la sinagoga del hombre que ha sido sanado de su ceguera. Jesús, con un ejemplo de la vida diaria, muestra cuál había sido la actitud y el proceder de ellos.

La palabra que se traduce en el versículo 6 por **`alegoría'** significa una figura o proverbio, que por un lado ilustra una cosa, pero que de igual manera necesita una explicación. Jesús emplea dos imágenes, tanto para los líderes como para sí mismo. En esta alegoría, los elementos **`puerta'** y **`pastor'** se aplican a Jesús, en cambio ladrón (o salteador) y asalariado para los líderes que no cuidan de las ovejas.

Aun cuando Jesús usa diferentes imágenes, éstas tienen el mismo significado. Lo que hicieron los fariseos con el ex-ciego (y eso es pan de cada día para estos líderes) es robar las ovejas y maltratarlas, tal como lo hace un ladrón y salteador. Por otra parte, muestran claramente que no se preocupan de las ovejas, no están cuidándolas, sino que tienen la actitud de un asalariado que huye inmediatamente cuando ocurre algún peligro. En otras palabras, a muchos de los líderes espirituales del pueblo les falta amor por la gente; no tienen buena relación con ellos, actúan sin misericordia y paciencia.

Esa es la gran diferencia con Jesús: Él tiene amor por sus ovejas, misericordia, paciencia y preocupación. Jesús es el buen pastor y a la vez es la puerta. Vale la pena explicar ambas figuras.

1. Jesús, el Buen Pastor.

Lo que Jesús destaca es que existe una buena relación entre las ovejas y su pastor. Él las conoce y ellas le conocen a Él (ver los versículos 3 y 14), en una relación de profunda amistad entre ambos. El pastor cuida de tan buena forma a sus ovejas que **busca siempre un buen pasto,** **les da vida en abundancia**, y **les protege** de animales salvajes. Pero la figura del buen pastor, aunque sea muy hermosa, no puede explicarlo todo. La vida que Él concede la compró con su propia vida: **"El buen pastor su vida da por las ovejas**" (v.11 y 15). Él concede la vida abundante en comunión con Dios, ya que se coloca a sí mismo bajo el juicio de Dios en favor de los suyos, y les protege contra la ira de Dios; igualmente Él muere para dar vida a los suyos**. En esto consiste su amor por ellos**. El amor es tan grande, que Jesús compara en los versículos 14 y 15 la relación que hay entre sus ovejas y Él, con la relación íntima que Él tiene con su Padre celestial. Él conoce a sus ovejas (esto es conocer en amor) y éstas a Él; esta **es una relación de amor mutuo,** tal como el Padre conoce a Jesús y Él al Padre. El versículo 17 dice que el Padre le ama, porque Él pone su vida por sus ovejas. Por ende, el amor del Padre se dirige tanto a Jesús como a los creyentes. En el versículo 18 Jesús demuestra que su muerte futura es una entrega voluntaria y no es efectuada por ningún hombre. Morir no es el final de un destino trágico e inesperado, sino la demostración de su "poder", del cual su resurrección será la prueba**. Él mismo dispone de su vida, de tal forma que la puede poner (= morir) como volverla a tomar (= resucitar).**

Detrás de su muerte y resurrección está la voluntad del Padre a la cual Jesús obedece voluntariamente. Jesús es el buen pastor; sufre la muerte para dar la vida abundante a los suyos.

Sin embargo, su identidad de pastor también fue profetizada en el antiguo testamento.

Siglos antes de que el Mesías viniera, el Antiguo Testamento había predicho que Él habría de pastorear a su pueblo.

* En Ezequiel 34:23 Dios dijo: “Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David [una referencia al Mesías, el descendiente de David], él las apacentará, y él les será por pastor” (cp. 37:24).
* Miqueas profetizó que el Mesías “surgirá… para pastorearlos con el poder del SEÑOR, con la majestad del nombre del SEÑOR su Dios” (Mi. 5:4, NVI).
* Zacarías 13:7 dice, prediciendo la muerte del Mesías: “¡Despierta, espada, contra mi pastor, contra el hombre en quien confío! —afirma el SEÑOR Todopoderoso—. Hiere al pastor para que se dispersen las ovejas y vuelva yo mi mano contra los corderitos” (NVI).

El Nuevo Testamento también describe a Cristo como un pastor.

* Cuando Herodes preguntó a los principales sacerdotes y escribas dónde iba a nacer el Mesías, ellos citaron Miqueas 5:2: “Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel” (Mt. 2:6).
* Jesús cito Zacarías 13:7 prediciendo que los discípulos lo abandonarían cuando lo arrestaran: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (Mt. 26:31).
* El apóstol Pedro describió a Jesús como el Pastor de las almas de los creyentes (1 P. 2:25) y después como el Príncipe de los pastores (5:4).
* El escritor de hebreos cerró su epístola con una bendición: “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (He. 13:20-21).

Aun después de esta vida, Jesús continuará pastoreando a su pueblo por la eternidad en el cielo: “porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida, y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Ap. 7:17).

En ninguna parte de las Escrituras se describe a Cristo más claramente como pastor de su pueblo que en el capítulo 10 del Evangelio de Juan. Este discurso en que se presenta como el buen pastor fluye directamente de los sucesos en el capítulo anterior; no hay un vacío de tiempo o una interrupción de pensamiento entre los capítulos 9 y 10 (cp. 10:21). El Señor seguía hablando a las mismas personas: sus discípulos, el antiguo mendigo, los fariseos hostiles y a otros en la multitud siempre presente. Esta sección de apertura del capítulo 10 presenta cuatro distintivos de la obra pastoral del buen pastor. Es un ministerio pastoral marcado por el contraste con los falsos pastores, por la preocupación por el rebaño, por la conformidad con el Padre y por la controversia en el mundo caído.

**B**. Jesús es la Puerta.

Por toda la historia de Israel, el pastoreo siempre había sido parte conocida de la vida agraria cotidiana. Y todas las personas sabían que las ovejas son los animales más desamparados, indefensos, extraviados y sucios. Requieren supervisión, dirección, rescate y limpieza constante o se mueren. Ser pastor era buen entrenamiento para dirigir personas. De hecho, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob habían sido pastores (Gn. 13:1-11; 26:12-14; 46:32; 47:3), como lo fueron los más grandes líderes de Israel: Moisés (Éx. 3:1) y David (1 S. 16:11; 17:28, 34; 2 S. 7:8). Entonces no sorprende que los escritores del Antiguo Testamento usaran frecuentemente la imagen del pastoreo para describir a Israel como el rebaño de Dios (Sal. 74:1; 77:20; 78:52; 79:13; 80:1; 95:7; 100:3; Ez. 34:12-16), a Dios como pastor (Gn. 48:15; 49:24; Sal. 23:1; 28:9; 80:1; Is. 40:11; Jer. 23:3; Ez. 34:11-12; Mi. 7:14) y a los líderes como los pastores ayudantes de Dios (Nm. 27:16-17; 2 S. 5:2; 1 Cr. 17:6; Sal. 78:70-72; Jer. 3:15; 23:4). Los escritores del Nuevo Testamento también usaron esa misma terminología conocida para describir a la Iglesia (Hch. 20:28-29; 1 P. 5:2-3). Pero, aunque la metáfora de un pastor sugiere cuidado tierno, también puede describir un gobierno autocrático, maltratador y duro. Como se verá abajo en la explicación del versículo 1, la Biblia llama pastores a los falsos líderes espirituales, como también lo hace con los verdaderos. En los versículos 1-10 Jesús se contrastó con los falsos pastores de Israel por medio de dos imágenes: Él es el pastor verdadero de las ovejas y él es la única puerta al redil.

Cada redil tenía una puerta por donde las ovejas podían entrar y salir, y un portero que sólo dejaba entrar a aquellos que eran los pastores del redil (en un redil podían estar varios rebaños). El portero no tiene un significado importante en la alegoría de Jesús, sólo sirve para complementar la figura que Él está empleando. Las figuras `pastor' y `puerta' son casi sinónimas. Bonita es la palabra de uno de los padres de la iglesia, Crisóstomo, quien dijo**: "Cuando Jesús nos trae al Padre se llama "puerta", si Él nos cuida se llama `pastor'"**. Podemos agregar que en la palabra **`puerta'** Jesús demuestra la necesidad de poseer fe; hay que pasar por la puerta y recibir permiso del portero para entrar en el redil y para sacar las ovejas.

Esta es la tercera de siete declaraciones en el Evangelio de Juan donde “YO SOY” (v. 11; 6:35; 8:12; 11:25; 14:6; 15:1, 5). Puesto que los líderes religiosos no entendieron la primera alegoría, volvió, pues, Jesús a decirles**: “De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas”.** A veces el pastor duerme a la intemperie del redil para cuidar a las ovejas. Nadie puede entrar o salir sino a través de él. En la metáfora de Jesús, Él es la puerta a través de la cual las ovejas entran a la seguridad del redil divino y salen a los pastos ricos de su bendición. Por medio de Él, los pecadores perdidos pueden acercarse al Padre y apropiarse de la salvación que Él les da; solo Jesús es “el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por [Él]” (14:6; cp. Hch. 4:12; 1 Co. 1:30; 3:11; 1 Ti. 2:5).

**Solo Jesús es la fuente verdadera del conocimiento de Dios y la salvación, la base de la seguridad espiritual**. La aseveración del Señor—“Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores”—por supuesto, no incluye a los verdaderos líderes espirituales de Israel (tales como Moisés, Josué, David, Salomón, Esdras, Nehemías, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, entre otros). Jesús se refería a los falsos pastores de Israel: sus reyes impíos, sus sacerdotes corruptos, sus falsos profetas y sus falsos mesías. Sin embargo, las ovejas verdaderas no los oyeron; no les prestaron atención y no se extraviaron por ellos (véase la explicación anterior de los vv. 4 y 5).

Entonces Jesús reiteró la verdad vital del versículo 7: “Yo soy la puerta”. Y añadió la promesa: “**El que por mí entrare, será salvo”** del pecado y del infierno. Las ovejas de Cristo experimentarán el amor, el perdón y la salvación divinos; entrarán y saldrán con libertad; siempre teniendo acceso a la bendición y protección de Dios y nunca temiéndole al daño o al peligro. Les parecerá satisfactorio hallar pastos en tanto el Señor los alimenta (cp. Sal. 23:1-3; Ez. 34:15) en su Palabra (cp. Hch. 20:32). En contraste completo con los falsos pastores y ladrones que, como su padre el diablo (8:44), solo vienen para hurtar y matar y destruir a las ovejas, Jesús vino para que tengan vida espiritual y eterna (cp. Jn. 5:21; 6:33, 51-53, 57; Ro. 6:4; Gá. 2:20; Ef. 2:1, 5; Col. 2:13) y para que la tengan en abundancia. Perisos (en abundancia) describe algo que va mucho más allá de lo necesario. El regalo incomparable de la vida eterna excede toda expectativa (cp. Jn. 4:10; con 7:38; véase también Ro. 8:32; 2 Co. 9:15).

**YO SOY EL BUEN PASTOR**

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor **su vida da** por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebata las ovejas y las dispersa. Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor; y **conozco** mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”. (10:11-16)

El texto griego dice literalmente: **“El pastor, el bueno”,** con lo cual separa a Cristo, el buen pastor, de los otros pastores. **Kalos** (bueno) se refiere a su carácter noble (cp. 1 Ti. 3:7; 4:6; 2 Ti. 2:3; 1 P. 4:10). Él es el pastor auténtico y perfecto, el único en su clase, preeminente sobre todos los demás. Ser un pastor fiel implicaba voluntad para poner la vida en juego con tal de proteger a las ovejas. Los ladrones y animales salvajes como lobos, leones y osos, eran un peligro constante (cp. 1 S. 17:34; Is. 31:4; Am. 3:12). Pero Jesús, el buen pastor, fue mucho más allá de estar dispuesto a arriesgar la vida—o arriesgarla de verdad—; en realidad, su vida dio por las ovejas (cp. v. 15; 6:51; 11:50-51; 18:14). La frase su vida da es única a los escritos juaninos y se refiere siempre a la muerte voluntaria en sacrificio (vv. 15, 17-18; 13:37-38; 15:13; 1 Jn. 3:16).

El Señor dio su vida por los suyos porque los ama. La palabra **conozco** se usa aquí para denotar esa relación de amor. En Génesis 4:1, 17, 25; 19:8; 24:16; 1 S. 1:19 el término conocer describe la relación de amor íntimo entre el esposo y la esposa (la NASB traduce el verbo conocer en esos versículos como “tener relaciones con”). En Amós 3:2 Dios dijo a Israel: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra”, no hablaba como si no fuera consciente de las otras naciones, sino de su relación única de amor con su pueblo. Mateo 1:25 dice literalmente que José “no… conoció” a María hasta después del nacimiento de Jesús. En el día del juicio, Jesús alejará a los incrédulos porque no los conoce; esto es, no tiene una relación de amor con ellos (Mt. 7:23). En estos versículos, conocer tiene esa misma connotación de relación amorosa.

La verdad simple aquí es que Jesús conoce en amor a los suyos, ellos lo conocen en amor a Él, el Padre conoce en amor a Jesús y Él conoce en amor al Padre. Los creyentes están atrapados entre el afecto íntimo y profundo que se expresan Dios Padre y el Señor Jesucristo

Las otras ovejas en perspectiva aquí son los gentiles, quienes no son del redil de Israel. Ellos también oirán la voz de Jesús llamándolos a la salvación (cp. Is. 42:6; 49:6; Ro. 1:16) y los judíos y gentiles redimidos se harán un rebaño con un pastor. Sugerir que los judíos y los gentiles se unirían en un rebaño era un concepto revolucionario. Los judíos despreciaban a los gentiles y la animosidad era recíproca. Hasta los creyentes judíos estaban tan condicionados por el prejuicio que eran lentos para aceptar la igualdad entre los miembros de la Iglesia (cp. Hch. 10:9-16, 28; 11:1-18; 15:1-29).

Pero como profetizó Caifás sin darse cuenta: “Ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn. 11:50-52).

Pablo escribió a los efesios: “Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Ef. 2:11-16).

**La unidad entre judíos y gentiles define a la Iglesia porque ambos son ovejas que pertenecen al mismo pastor.**

**AMOR Y OBENDIENCIA**

Dos actitudes definen la relación del Cristo encarnado con el Padre: amor y obediencia. Las dos están ligadas de modo inseparable, pues es imposible amar a Dios sin obedecerle (Jn. 15:9; 1 Jn. 2:3-5; 5:3). El Padre ama al Hijo porque pone su vida por las ovejas, por todos aquellos a quienes el Padre escogió en el pasado eterno y los entregó al Hijo a su tiempo; el Hijo demostró su amor al Padre “haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Lo hizo voluntariamente; nadie le quitó su vida, sino que él la puso de sí mismo. Jesús en su juicio le dijo a Pilato, el cual ordenaría su ejecución: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” (Jn. 19:11; cp. Mt. 26:5354). La declaración del Señor, repetida dos veces, que volvería a tomar su vida, apunta a su resurrección, que es la demostración final de su carácter mesiánico y deidad (Ro. 1:4). Cristo, como con todo lo que hacía, ejercía su autoridad para poner su vida y volverla a tomar en conformidad voluntaria y obediencia amorosa al mandamiento que recibió del Padre. Él, por el poder de su resurrección, levantará a todo su rebaño para la gloria eterna (Jn. 6:39-40, 44).

El gran tema de los capítulos 5 al 10 es la pregunta **¿quién es Jesús?** Los líderes esperaron tener una respuesta a esta interrogante, y aunque la recibieron, la rechazaron.

El diálogo entre ellos (líderes religiosos y Jesús) se da a conocer en cinco escenas: la confrontación, la afirmación, la acusación, el reto y las consecuencias

**CONFRONTACIÓN**

Esto tiene lugar unos meses después de la anterior afirmación “Yo Soy”, ya que ahora nos encontramos en la fiesta de la **"dedicación"** o **“Januka**” que se celebraba en diciembre, esto es en el invierno (a tres meses su crucifixión). Por eso Jesús se halla en el pórtico de Salomón, a fin de protegerse de los fuertes vientos de invierno. Esta fiesta conmemoraba la purificación y re-consagración del templo por Judas Macabeo, después del sacrilegio cometido por Antíoco Epífanes en el año 165 a.C.

Muchas personas frecuentaban el sitio, especialmente en el tiempo inclemente. Algunos caminaban allí para meditar y los rabinos a veces enseñaban allí a sus estudiantes. Después, los primeros cristianos se reunían en el pórtico de Salomón para proclamar el evangelio (Hch. 3:11; 5:12).

Los judíos hostiles rodearon al Señor (esa es una expresión fuerte y habla de su actitud (cp. Lc. 21:20; Hch. 14:20; He. 11:30) y le increparon**: “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente”.** Los judíos estaban haciendo la pregunta correcta interrogando a Jesús sobre si era el Mesías; de hecho, es la pregunta más importante que alguien puede hacer (cp. Mt. 16:15-16).

Pero dada la revelación que habían visto y oído y la hostilidad hacia Jesús en el curso de esa revelación, su motivo era sospechoso. Lejos de ser una petición sincera de información, su increpación en realidad no era sino otro intento de tenderle una trampa a Jesús con la idea de librarse de Él. Como era la amenaza más grande a su poder y prestigio, buscaban sin parar la forma de desacreditarlo y desecharlo por completo. Estaban desequilibrados por las señales milagrosas que Él realizaba (11:47); estaban cansados de las divisiones que causaba (Lc. 12:51-53), aun entre sus filas (cp. 9:16); temían una posible revuelta que pudiera producirse contra Roma, cosa que afectaría su estatus político privilegiado (11:48); estaban enojados por las reprensiones públicas que les hacía por su hipocresía (p. ej., Mt. 23:136) y, por encima de todo, los enfurecía su afirmación no apologética de ser Dios (5:18; 10:33; 19:7). La estrategia de las autoridades judías era hacerlo declarar en público (el verbo que se traduce abiertamente también se puede traducir “públicamente” (7:4, 13, 26; 11:54; 18:20) que Él era el Mesías, de modo que tuvieran un pretexto para arrestarlo.

**AFIRMACIÓN**

Los judíos exigen de Jesús que ponga término a sus dudas y les dé una respuesta clara si es o no el Cristo, aunque ya en reiteradas ocasiones Él había dicho quién era. Como siempre, Jesús hace referencia a sus obras que demuestran claramente quien es.

**El problema es que ellos no entienden este lenguaje de la revelación de Dios por no pertenecer a sus ovejas.** Ellas oyen su voz y le siguen. Las ovejas no tienen problemas con el lenguaje de la revelación divina (las obras y milagros de Jesús), ellas comprenden su profundo significado: Jesús viene de Dios. En su ataque contra Jesús están incluyendo también a las ovejas. Jesús, sin embargo, les declaró que ellas se sienten seguras a su lado; las ovejas tienen vida eterna y no perecerán, pues la vida eterna es un don de Dios y depende enteramente de su gracia. Además, nadie las puede dañar, ya que están en las manos de Jesús, porque el Padre se las ha dado (el v.29).

Pero Jesús ya les había dicho abiertamente quién era (cp. 5:17ss.; 8:12, 24, 58); de hecho, había pasado los últimos tres años haciéndolo. No solo eso, las obras que hizo en el nombre del Padre también demostraban que Él era el Mesías; el Hijo de Dios; Dios en carne humana (cp. vv. 32, 38; 3:2; 5:36; 7:31; 11:47; 14:11; Hch. 2:22). La declaración vosotros no creéis, repetida dos veces por el Señor, indica que el problema no se debía a ambigüedad alguna en la revelación de la verdad, sino a la ceguera espiritual de ellos. Carecían del entendimiento, no porque les faltara información, sino porque **carecían del arrepentimiento y la fe**. Su incredulidad no se debía a exposición insuficiente a la verdad, sino a su odio por la verdad y el amor a las mentiras (Jn. 3:19-21). Cualquiera que esté dispuesto a buscar la verdad, la encontrará (7:17); pero Jesús se negó a comprometerse con quienes rechazaban voluntariamente la verdad. Igual, si de nuevo les hubiera dado la respuesta que le pedían, ellos no habrían creído (cp. 8:43; Mt. 26:63-65; Lc. 22:66-67).

Desde la perspectiva de la responsabilidad humana, los judíos hostiles no creían porque habían rechazado deliberadamente la verdad.

Pero desde el punto de vista de la soberanía divina, no creían porque no eran ovejas del Señor, las que el Padre le había dado (v. 29; 6:37; 17:2, 6, 9).

La comprensión total de cómo obran juntas estas dos realidades, la responsabilidad humana y la soberanía divina, está más allá de la comprensión humana; pero en la mente infinita de Dios no hay dificultad con ellos. Es significativo que la Biblia no intenta armonizarlas, ni disculpa la tensión lógica entre ellas. Por ejemplo, en Lucas 22:22, cuando Jesús habló de la traición de Judas Iscariote, dijo: “A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado”. En otras palabras, la traición de Judas concordaba con el propósito eterno de Dios. Mas entonces Jesús añadió: “Pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!”. El hecho de que la traición de Judas fuera parte del plan de Dios no mitigaba su responsabilidad en el delito. En Hechos 2:23 Pedro dijo que Jesús fue “entregado [a la cruz] por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios”. Con todo, también responsabilizó a Israel por haber prendido y matado a Jesús “por manos de inicuos, crucificándole”. La soberanía de Dios nunca excusa el pecado humano.

Repitiendo lo que dijo en el discurso del buen pastor, Jesús dijo: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”. Los elegidos atenderán el llamamiento de Cristo para la salvación y continuarán en fe y obediencia para la gloria eterna (cp. Ro. 8:29-30). El Señor siguió articulando la verdad maravillosa de que quienes son sus ovejas no necesitan temer perderse. Jesús declaró: “Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre”.

En ninguna otra parte, las Escrituras afirman más fuertemente la seguridad absoluta y eterna de todos los cristianos verdaderos. Jesús enseñó claramente que la seguridad del creyente en la salvación **no depende de esfuerzos humanos**, sino que **tiene su base en la grac**i**a, elección soberana, promesa y poder de Dios.** Las palabras de Cristo revelan cinco realidades que atan a todo verdadero cristiano para siempre con Dios.

* Primera, los creyentes son sus ovejas y el deber del buen pastor es proteger a su rebaño. Jesús dijo: “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero” (6:39).
* Segunda, las ovejas de Cristo sólo oyen su voz y lo siguen sólo a Él. Como no oirán o seguirán a un extraño (10:5), no es posible que deambulen por ahí, lejos de Él y se pierdan eternamente.
* Tercera, las ovejas de Cristo tienen vida eterna. Hablar del final de la vida eterna es una contradicción en los términos.
* Cuarta, nadie—ni los falsos pastores (los ladrones y salteadores del v. 1) ni los falsos profetas (simbolizados por el lobo del v. 12), ni siquiera el diablo—es lo suficientemente poderoso como para arrebatar las ovejas de Cristo de su mano.
* Y por último, las ovejas de Cristo no solo están en su mano, sino en la mano del Padre, quien es mayor que todos, luego nadie las puede arrebatar de su mano tampoco. La vida del creyente, infinitamente segura, “está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). El Padre y el Hijo garantizan conjuntamente la seguridad eterna de los creyentes porque Jesús declaró: “Yo y el Padre uno somos” (la palabra griega para uno es neutra, no masculina; habla de una sustancia, no de “una persona”). Así, la unidad de ellos en propósito y acción para salvaguardar a los creyentes se apoya en la unidad de su naturaleza y esencia. Todo el asunto de la seguridad se resume en las propias palabras de nuestro Señor en Juan 6:39-40: Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Los judíos, enfurecidos por lo que percibían inequívocamente como otra afirmación blasfema sobre la deidad de Jesús, justos en su opinión, explotaron en un ataque de pasión y volvieron a tomar piedras para apedrearle; es la cuarta vez que intentaban matarlo en el Evangelio de Juan (5:16-18; 7:1; 8:59). Aunque los romanos habían privado a los judíos del uso de la pena capital (18:31), esta turba airada y asesina estaba lista para tomar el asunto con sus propias manos.

**LA ACUSACIÓN**

Jesús les respondió: “Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; **¿por cuál de ellas me apedreáis?** Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios”. (10:32-33) Mostrando una calma majestuosa frente a la ira asesina de sus oponentes, Jesús les dijo deliberadamente: “Muchas buenas (el adjetivo kalos significa “noble”, “excelente”, “bello”) obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?”.

El Señor no suavizó ni retiró su afirmación de ser igual a Dios. En su lugar, los forzó a enfrentar y lidiar con sus buenas obras milagrosas, hechas con la dirección del Padre (cp. 5:19-23). Esas obras eran prueba visible, tangible e inescapable de su unidad con Dios (cp. 5:36). La pregunta del Señor también metió a los líderes judíos en la posición incómoda de oponerse a las cosas buenas, populares y públicas que había hecho al sanar a los enfermos, alimentar la multitud, liberar a los poseídos e incluso resucitar a los muertos (cp. Lc. 7:14-15; 8:52-56; Jn. 11).

**Pero a los judíos enfurecidos no los disuadía ningún milagro.** A diferencia del antiguo ciego, quien había llegado a la conclusión apropiada a partir de las obras milagrosas de Jesús (cp. 9:33), la turba enfurecida simplemente echó a un lado sus obras. Los judíos le respondieron: “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios”. Como ya dijimos, las señales que Jesús realizaba demostraron su unidad con el Padre y probaron que no era culpable de blasfemia. Pero la apelación del Señor a sus obras poderosas se perdió entre la multitud. Ellos ya estaban decididos y su amor por el pecado los hacía cautivos de Satanás, la muerte y el juicio. En contraste con quienes niegan que Cristo haya afirmado ser Dios, los judíos hostiles entendieron perfectamente que Jesús decía eso. Pero se negaban a considerar la posibilidad de que su afirmación fuera cierta. Para ellos, Jesús era culpable del acto último de blasfemia porque, como le dijeron: Él, siendo hombre, se hacía Dios. Como sucedió con las primeras afirmaciones de deidad que hizo Cristo, su reacción final fue un plan para matarlo (5:16-18; 8:58-59). Irónicamente, su acusación de blasfemia era verdad en el sentido opuesto. Lejos de ser tan solo un hombre que se promovía como Dios con arrogancia, Jesús de hecho era el Dios todopoderoso, quien se había humillado por amor, haciéndose hombre para morir por el mundo (1:14; cp. Fil. 2:5-11).

**EL RETO (10:34:38)**

Es importante notar que Jesús, habiendo sido acusado de blasfemia porque sus oponentes sabían bien qué estaba diciendo, **no reclamó que lo habían malinterpretado**. Su negación a hacerlo deja claro que la declaración Yo y el Padre uno somos (v. 30), era lo que ellos sabían que era, una afirmación de ser Dios. Jesús sabía la seriedad con que ellos se tomaban la palabra Dios, de modo que trató ese asunto citando un pasaje del Antiguo Testamento**: “¿No está escrito en vuestra ley: ¿Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: ¿Hijo de Dios soy?”.** La misma ley (aquí una referencia a todo el Antiguo Testamento, no solo al Pentateuco) que los judíos valoraban tanto usaba el término dioses para referirse a otros que no fueran Dios.

La referencia es al Salmo 82:6, donde Dios reprendió a los jueces injustos de Israel llamándolos dioses (en un sentido muy inferior) porque regían como representantes y portavoces de Dios (cp. Éx. 4:16; 7:1).

Los líderes judíos no podían disputar el hecho de que a esos jueces se les llamara dioses, porque la Escritura no puede ser quebrantada; una declaración clara y sin ambigüedad de la veracidad y autoridad absolutas de la Biblia**. La Biblia no se puede anular ni dejar a un lado**

(véase la explicación de Mt. 5:17-19 [Chicago: Moody, 1985], pp. 249-273), **aunque los judíos lo intentaban con frecuencia** (cp. Mr. 7:13).

Si Dios llamó dioses a los jueces injustos, argumentó Jesús, ¿Cómo podían decir sus oponentes al que el Padre santificó y envió al mundo: “Tú blasfemas”, porque dijo: “Hijo de Dios soy”? Si simples mortales, malos, podían llamarse en algún sentido dioses, ¿Cómo podría ser inapropiado que Jesús, al que el Padre santificó y envió al mundo, se autodenominara Hijo de Dios (cp. 5:19-27)?

No se trata de añadir evidencia de su deidad; simplemente es una reprensión al nivel de su reacción exagerada con el uso de la palabra Dios en referencia a Jesús. Él había probado tener el derecho a ese título en todo el sentido divino, como lo afirmaría otra vez en los versículos 37-38. Ellos tan solo eran aquellos a quienes vino la palabra de Dios; Jesús era la Palabra de Dios encarnada (1:1, 14).

Como un comentarista explicó: Este pasaje se malinterpreta a veces, como si Jesús sólo se estuviera igualando a los hombres en general. El razonamiento es así: **Jesús apela al salmo que habla de los hombres como dioses y entonces justifica autodenominarse Hijo de Dios. Es dios en el mismo sentido de los otros. Pero esto no es tomar muy en serio lo que Cristo dijo en realidad. Está argumentando de menos a más. Si la palabra dios se podía usar para personas que no eran sino jueces, ¿cuánto más podría usarlo con mayor dignidad, mayor importancia y significado que cualquier otro juez, el “que el Padre santificó y envió al mundo”?** No se ubica Él en el nivel de los hombres, se está apartando de ellos (Leon Morris, Reflections on the Gospel of John [Reflexiones sobre el Evangelio de Juan] [Peabody: Hendrickson, 2000], p. 396).

La apelación del Señor al Antiguo Testamento fue un nuevo reto a los líderes judíos para que abandonaran sus conclusiones sesgadas sobre Él y consideraran la **evidencia objetiva**. En el mismo sentido, Jesús continuó diciendo: “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre”.

Como ya lo había hecho muchas otras veces, con una paciencia irritante (cp. vv. 25, 32; 5:19-20, 36; 14:10-11), el Señor apeló a sus obras para probar su unión indivisible con el Padre (v. 30). Pero de modo increíble, los líderes religiosos de Israel eran tan ciegos espiritualmente que no podían reconocer las buenas obras de Dios. Si Jesús no hiciera las obras del Padre, habrían estado ellos en lo correcto al negarse a creer. De otro lado, si Él las hacía, ellos debieran haber puesto de lado su renuencia a creer sus palabras, debían haber escogido creer el testimonio claro de sus obras. Como supuestos hombres de Dios, debieran haber estado dispuestos a seguir la evidencia a su conclusión lógica.

**LAS CONSECUENCIAS**

Procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos. Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan; y se quedó allí. Y muchos venían a él, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad. Y muchos creyeron en él allí. (10:39-42)

Como era previsible, el reto del Señor a sus oponentes cayó en oídos sordos. En lugar de considerar la evidencia, los líderes judíos respondieron como ya lo habían hecho: procuraron otra vez prenderle. Tal vez planeaban arrastrarlo fuera del templo antes de lapidarlo (cp. Hch 21:30-32), pero es más probable que quisieran arrestarlo y asegurarlo para juzgarlo ante el sanedrín. No importa qué hayan pretendido, su hora no había llegado aún (7:30; 8:20); por eso, Jesús se escapó de sus manos. Dejó Jerusalén y no regresó hasta tres o cuatro meses después para resucitar a Lázaro de los muertos (Jn. 11:1ss.) y entrar en triunfo a Jerusalén (12:12ss.). Pero como siempre, en la multitud había algunos que creían y lo aceptaban (cp. vv. 19-21; 7:12, 43; 9:16; 11:45).

Después de dejar Jerusalén, el Señor se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan (Betania, más allá del Jordán; Mientras estuvo allí, muchos iban a Él, y decían: “Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad”. Allí las personas lo recordaron e iban a él como lo habían hecho antes alrededor de Juan el Bautista. Aunque Juan, a la verdad, ninguna señal hizo (esto es, no hizo milagros), fue el testigo preeminente de Jesús; como lo observaron las personas, todo lo que Juan dijo de Jesús, era verdad. No sorprende que muchos creyeron en Él allí. Así, el ministerio público de Jesús concluyó con un último rechazo de los mismos líderes que debieran haberlo saludado como Mesías. El rechazo de ellos previó el rechazo final unos meses después, cuando el pueblo, bajo la influencia de tales líderes (Mt. 27:20), gritó: “¡Fuera, fuera, crucifícale!” (Jn. 19:15).

Aun hoy hay muchos que, como la nación judía hostil, permiten que sus ideas preconcebidas sobre la religión y su amor por el pecado les ciegue a la verdad salvadora de Jesucristo. No obstante, quienes se acercan a Él en arrepentimiento y fe, llegarán a la verdad de quién es Él (7:17). A ellos se les dará la “potestad de ser hechos hijos de Dios” (1:12).

Para completar y cerrar esta gran declaración le recomendamos leer Salmo 23.